

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2011 - MADRID (ESPAÑA)

Arraigados en Cristo

18 de agosto de 2011

Las Jornadas Mundiales de la Juventud, ésta y las anteriores, son fiestas de la fe y de la esperanza celebradas en la unidad católica de la Iglesia. Hemos acudido a la convocatoria del Papa, que a todos nos preside en la fe, en el amor y en la misión confiada por el Señor. Hasta aquí hemos venido peregrinando, nos hemos encontrado en las diócesis los días anteriores y hemos convivido en la hospitalidad humana y cristiana. Hemos compartido la fe y ahora estamos prestando unos a otros testimonio cristiano en esta fiesta de proporciones mundiales de la fe. Damos gracias a Dios todos juntos por habernos llamado a creer en Él y a vivir gozosamente dentro de la familia de la fe, que es la santa Iglesia. Aquí experimentamos cómo la comunicación entre jóvenes, educadores y animadores en la fe, entre sacerdotes y obispos, religiosos y consagrados, de parroquias, comunidades y movimientos es gratificante, fácil, fluida y gozosa. Nos encontramos bien, en el respeto mutuo y en la gratitud a Dios por la variedad de vocaciones.

Como estos días nos hemos reunido cristianos procedentes de muchos pueblos, lenguas y razas diferentes (cf. Ap 6,9), podemos decir que se parece un poco a la fiesta de Pentecostés, en que los discípulos de la primera hora se entendían porque a todos les movía el mismo Espíritu Santo, que crea unidad en el Señor. Lo contrario de Pentecostés es Babel.

¿Por qué hemos venido? ¿Qué buscamos? ¿A quién buscamos? Aunque sea importante el encontrar-

La narración evangélica está como empedrada de muchos encuentros de Jesús con personas diferentes, hombres y mujeres, en situaciones diversas. La narración es como un engaste de muchas perlas dentro de un mosaico admirable. Unas veces toma Jesús la iniciativa de acercarse, y otras las personas se acercan a Él. Aunque hay diferentes modos de leer el Evangelio, yo invitaría a que se leyera también así.

No debemos quedarnos simplemente en la historia de esos encuentros, ya que son como introducción a otros encuentros actuales. El Evangelio no es solo informativo de lo que Jesús dijo e hizo *in illo tempore*, sino también de lo que hoy puede hacer con nosotros; es transformador y performativo. Si habla Jesús con el ciego de nacimiento, Bartimeo, habla contigo también. Si entra en casa de Zaqueo y entabla en la comida una conversación con él, es contigo con quien quiere hablar también. Si invita a seguirlo a Leví, que es Mateo, tú eres también el invitado.

Los encuentros son numerosos; cada uno con su mensaje permanente, no solo ocasional y reducido al pasado. Hoy pasa Jesús a nuestro lado, porque está vivo para siempre, y se dirige a nosotros. Recuerdo algunos: los pastores y los magos en el establo de Belén; Simeón y Ana en el templo, al ser presentado Jesús; Jesús con los doctores en el templo, y María y José perplejos por la respuesta al ser reencontrado; los dos discípulos de Juan, que se ponen en camino detrás de Jesús, que les pregunta: "¿Qué buscáis?". "Venid y ved", es la respuesta. Llama a los pescadores a su seguimiento. Cura a un paralítico, a un sordomudo, a leproso, a un ciego, a la hija de la mujer cananea, al servidor del centurión romano. Se encuentra con Judas en el Huerto de los Olivos, con Pilato, con Herodes. Ya resucitado, sale al encuentro de los de Emaús, y de María Magdalena, que confundió a Jesús con un hortelano, y de Tomás, que se resistió a creer. A Pedro en diversos encuentros, en los cuales le alaba, corrige, pregunta, perdona, otorga una misión singular. A uno, como al joven rico, invita a un seguimiento especial, y a otro, como al liberado de los demonios-legión, devuelve a su pueblo como testigo de su curación. Podemos decir que durante el recorrido de nuestra vida podemos encontrarnos con Él. Hoy y aquí, en los días de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

Te ayudarán otros en el encuentro y necesitarás también estar solo. Unas veces escucha y otras

Todos tenemos seguramente la experiencia de que nuestra vida camina a veces como a la intemperie, desorientada, triste, perdida, sin raíces, sin cimientos. Hay coyunturas históricas, por ejemplo la actual, en que se acumulan las crisis, y advertimos que detrás de una crisis financiera, económica y laboral se esconden otras; hay crisis sociales por el paro, la familia, la incertidumbre ante el futuro, el aplazamiento indefinido de la realización de los proyectos vitales, la sensación de fracaso en la vida. Pero seguramente detrás de estas crisis está también otra que se refiere al sentido mismo de la vida (¿dónde reside la aspiración del corazón?); la vida en sobriedad y no tanto en tener, poder y saber; la vida solidaria y no solo pensando en mí y mi pequeño mundo. Y más al fondo está el sentido de Dios en la existencia del hombre. El olvido y abandono de Dios están en el origen de los problemas personales y sociales. Si la orientación básica no procede del "temor de Dios como principio de sabiduría", si no surge de la conciencia moral del hombre y de la humanidad, no bastan regulaciones exteriores. Estas crisis superpuestas quizá nos indiquen que la humanidad necesita descubrir a Dios como cimiento y como savia del árbol de la vida, que habían desechado los constructores. ¿Sabemos realmente lo que nos pasa? ¿Diagnosticamos acertadamente nuestros males?

El joven, el adulto, el varón y la mujer, necesitamos hundir nuestras raíces en Dios, para no ponernos lacios, ni secarnos, ni congelarnos, ni ser como veletas movidas por el viento del relativismo, como si todo fuera igual. Son muy bonitas y sugerentes unas palabras del profeta Jeremías en relación con el arraigo de la planta: «*Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza, que junto a la corriente echa raíces; cuando llega el estío no lo siente, su hoja está verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto*» (Jr 17,7-8). Lo contrario es vivir en el desierto, en saladar inhabitable, como una laguna con sal cuajada, infecunda (cf. Sal 1,3; Ez 47,11-12). La planta necesita luz, calor y humedad. Eso necesitamos también nosotros y esperamos recibirlo de Jesucristo.

La segunda imagen es la de la edificación. Dios es la Roca firme, es lo contrario de las arenas movedizas; Él asegura los pasos y saca del terreno pantanoso (cf. Sal 1; 40,3). ¡Edificados en Cristo para poder estar seguros y ser firmes en la fe! Nosotros somos como una casa en construcción; vamos levantando nuestro futuro. ¿Cuáles son los cimientos? «*Nadie puede poner otro cimiento que el que ya está puesto, Jesucristo*» (1Co 3 11; 1P 2 4; Hch 4 11 ss.; Is 28 16; Sal 118 22-23; Mt 21 42)